

El confeccionador de ropa

Marco Antonio Luna



Image not found.

Capítulo 1

Les contaré la historia del porqué siempre cargo con una libreta pequeña y un lápiz en el bolsillo.

Un día cuando caminaba por la calle me encontré de frente con un hombre viejo, alzaba las manos como si pidiera auxilio; revoloteaba como un guajolote por todas partes, parecía que bailaba una de esas danzas de siglos pasados al compás de una flauta. En frente de él había un pequeño grillo que cantaba, pareciera que lo había para el hombre de tan animosa personalidad.

"¡Escuchen! ¡Aquí hay un grillo! ¡Oigan señores aquí esta la muestra de que la magia existe! ¡Es real, no estoy loco! ¡Sólo escuchen!

"Les contaré una historia, presten atención.

"Por allá hay un sueño; detrás de los velos claros del día, un hermoso verso; delante de los prados cubiertos por hierbas de época un fauno tocando su flauta de cardo..."

Este viejo parecía alguien que había venido a menos, nos miramos unos momentos y me sentí identificado. Me miré rápidamente y me di cuenta que iba por un camino por donde no veía mis pasos.

Mis comvers rotos, sudadera negra con capucha entrada hasta la mitad de mi cara, y mis pantalones rasgados de mezclilla era lo que llevaba puesto aquel día de introspección. Me sentí desnudo, a no ser por el pollo frito que llevaba en la mano (lo había comprado a petición de mi familia) me hubiese sentido perdido: puse la bolsa en la que lo traía frente a mis partes intimas, como esfuerzo para cubrir mi desnudes.

Aquel hombre de gestos amables me hizo sentir abatido, su ropa era fe, de colores cafés, aburridos, no se podían comparar con mis prendas de diseñador y colores llamativos, sin embargo, detras de esa figura austera encontraba una integridad que no encontraba dentro de mí, a comparación de él, yo no tenía nada mas que mi ropa y eso me hacía sentir desnudo.

No tenía nada en el cielo o la tierra -me di cuenta-, caminaba como una alma impía en tierras de carbón ardiente y fulguosas mareas de colores repletas de nombres y rostros que hasta hoy aborrezco.

Hubo un tiempo en el que quise ser alguien en la vida, quise tener mujeres de grandes senos, caderas prominentes, cinturas pequeñas y caras jadeantes; recorrer las calles en coches cromados y deslumbrar al mundo con una imagen pasajera, pero ahora, ¡Oh destino cruel! Me

arrebataste todo lo que deseaba y por lo que trabajé; me muestras de nuevo sucio en las calles para que todos puedan lanzarme tomates; pones mi cara sin afeitar delante de aquellos a los que deseaba mostrarles que yo valgo algo; me postras delante de los hombres cansado, sin virilidad, exento de pasión.

Maravillas hacían mis pesadillas en mi cuerpo; lo picoteaban hasta el alba para que al día siguiente, temeroso y adolorido hiciera una y mil cosas para no volver al mismo lecho, ¡Oh desgracia! Es ahora cuando recurro a lo que mas odiaba para sentirme cómodo, vivo, protegido, ¡Vaya engaño es el que me pongo! ¿Qué es lo que deseo?

Estuve en el fondo, ¿por qué ahora caigo más? ¿Dónde a ido la luz de la que hablan los profetas hebreos? ¿Dónde han quedado los griegos con sus enseñanzas apologéticas? ¿Dónde han quedado mis ropas?

El hombre seguía hablando, contaba sus cuentos, sonreía mientras le lanzaban monedas al sombrero que había bajo sus pies; a mí me desesperaba, ¿que dirían las personas que lo conocieron y tal vez pusieron sus esperanzas en él al verlo en tan denigrante trabajo? ¿Cómo es que no sufre cuando las mujeres de su pasado seguro agradecen la bendición de haberse separado de su camino para así no llevar una vida tan lastimera?

¿Cómo es posible que el salude a la gente con jovialidad, mientras yo apenas siento las piernas?

El hombre se me acercó, me miró. Yo pregunté.

-¿Cuándo ha visto al fauno del que habla?

-Nunca -Respondió.

-En ese caso, ¿por qué parece feliz al contar cosas que nunca ha visto?

-Porqué viven dentro de mí, nunca las he visto, pero las personas a las que se las cuento sí las ven en su cabeza. Yo las tengo en el pecho, ellos en la cabeza una vez que las externo. Cuando salen los personajes de mi boca en forma de espectros y se oxidan con el aire toman cuerpo, viven, y por un momento veo esa pequeña parte de mí y me siento cubierto, animoso, reconfortado por mi propio calor. Dentro mío hay un maravilloso mundo cuyos rincones desconozco; me gusta pensar que son como los puentes de París: llenos de amor y misterios escabrosos. Las personas de mi pasado pasan a ser simples personajes en ese mundo, si fueron buenos conmigo su voz siempre permanece a mi lado y se sobrepone ante la infinidad de individuos que rondan mis cienes, pero, si fueron malas se desaparecen entre los mares de gente que hay detrás de mis orejas. Por eso, hijo mío, me siento libre y feliz. Dime, ¿dónde vas con ese pollo?

-Con mi familia -respondí.

-¿Alguna novia? -Preguntó.

-Sí.

-¿Ella te ama?

-Ya lo creo que sí.

El hombre me miró, me sentí incómodo, miraba mi desnudes.

-Ten -resolvió el hombre luego de mirarme.

-¿Hojas y una pluma?

-Bueno, yo me hago ropa con el sonido de mis palabras, a ti bien te podría quedar un smoking con pedazos de papel.

Sonreí; asentí; me despedí.

El hombre terminó su pequeño cuento mientras me alejaba

"...; bailan al rededor del ser hermosas hadas de orejas puntiagudas y vestidos de hoja, pero la fiesta no se ´ puede a completar sin los cánticos de un grillo que acompañen el son del vals que bailan los seres de más allá, no el de los muertos, ahí es aburrido, sino del allá de la realidad" Y una vez terminado de decir esto, el hombre empezó a brincotear como chapulín al rededor del grillo.

Esta es la razón por la que cargo con una hoja y una pluma en el bolsillo, nunca sé cuando necesite una muda de ropa.